

superior y brillante, y á un corazon enteramente mundano, una rara hermosura, que ella no ignoraba. Tomada, pues, su determinacion, se retiró á su castillo de Magdalon, como á su posesion propia. Bien presto olvidó allí las lecciones y ejemplos de sus padres y hermanos. Las visitas frecuentes de gente moza y divertida, su despejo y desemberazo, y ciertos modales algo mas libres de lo que fuera justo, hicieron poco favor á la reputacion de Magdalena, cuya pasion dominante era parecer bien y tener en su rededor muchos aduladores. No pensaba Magdalena sino en divertirse. Las galas, las joyas mas ricas, y los perfumes mas exquisitos, daban un gran lustre á su hermosura natural y la hacian una cortesana muy propia para escandalizar la provincia. No se dice que fuese una pecadora torpe; pero era una pecadora escandalosa. ¡Y cuántas pecadoras, ¡Dios mio! no vemos en nuestros tiempos de esta clase! ¡cuántas pecadoras que ni se tienen siquiera por pecadoras y que acaban sus dias sin ser penitentes como Magdalena! sin morir arrepentidas!

Por aquel tiempo comenzaba Jesucristo á llenar la Judea y la Galilea de la fama de sus prodigios. Lázaro y Marta fueron de los primeros que siguieron al Señor, y desde luego no dejaron de pedir con empeño la conversion de su hermana. Oyó Jesucristo benignamente sus ruegos, y como habia venido al mundo, principalmente por los pecadores, movió á la penitencia el corazon de aquella pecadora. Predicaba el Señor en Nain, y movida Magdalena de las maravillas que oía decir de su Majestad, fué á oírle por curiosidad, pero volvió convertida. La palabra divina alumbró su entendimiento, la gracia penetró su corazon, y su alma concibió tanto horror de sus culpas, que no pudo dilatar ni un solo dia la penitencia. Informóse dónde podria encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado, con todo lo principal de la ciudad, á comer en casa de un fariseo, llamado *Simon*.

Al momento, sin dar oídos, ni á su delicadeza, ni á

lo distinguido de su familia, ni á su título de señora de un castillo, sin atender á la calidad y multitud de los convidados, ni á lo que dirian; entra, sin ser convidada, en la sala del convite, llevando consigo un vaso de alabastro lleno de un preciosísimo unguento; y viendo á Jesucristo recostado en uno de aquellos almohadones ó camillas, que usaban los Judíos en sus comidas, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se para á su espalda, se postra, suelta por sus ojos dos arroyos de lágrimas, riega con ellas los piés del Señor, los limpia con sus cabellos, los besa, derrama sobre ellos el unguento precioso que llevaba prevenido, y queda inmóvil, esperando el perdon de sus pecados que venia á buscar del Amante de los pecadores.

Viendo el fariseo, que habia convidado á Jesucristo, lo que pasaba, decia entre sí: Si este fuese profeta, sin duda sabria quién y cuál es la mujer que le toca los piés; porque es una pecadora. Jesucristo, que estaba leyendo los pensamientos de Simon, tengo, le dijo, una cosa que preguntarte; y al punto respondió Simon: Decid, Maestro. Habia, dijo entonces Jesucristo, dos deudores á un mismo acreedor, que le debian uno quinientos denarios (cerca de seiscientos reales), y otro cincuenta (como unos sesenta); pero como no tuviesen con que pagarle, les perdonó á uno y otro. ¿Cuál, pues, de los dos le ama (esto es, le debe amar) mas? Respondiendo Simon, dijo: Pienso que aquel á quien perdonó mas. Rectamente has juzgado, le dijo Jesus, y volviéndose hácia la mujer, añadió, ¿ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para (lavar) mis piés; mas esta los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tampoco me diste beso; mas esta desde que entró no ha dejado de besar mis piés. No unguiste mi cabeza con óleo, mas esta con (precioso) unguento ha unguido mis piés; por lo cual te digo: que la son perdonados (sus) muchos pecados, porque amó mucho, porque al que menos se le perdona, menos ama. Era

costumbre entre los Judíos lavar los piés á los que recibían á su mesa, darles beso de paz y ungrir su cabeza con óleo y perfumes, y á todo esto habia faltado el fariseo; pero resarció cumplidamente estas faltas la insigne penitenta.

Se mantenía Magdalena en la postura mas humilde esperando su sentencia, y vuelto hácia ella Jesucristo, la dijo: Perdonados te son tus pecados. Cuando oyeron esto los convidados, por la mayor parte escribas y fariseos, comenzaron á decir entre sí, ¿quién es este que hasta los pecados perdona? ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios? Y á la verdad que nadie, hasta la Magdalena, habia venido á buscar en Jesucristo el perdón de los pecados. Unos le habian buscado para que les curase de sus parálisis; otros para que les diese vista ú oído; estos para que les resucitase sus muertos; aquellos para que les librase de los demonios, y todos para que les sanase de las enfermedades del cuerpo, pero ninguno habia venido para que les sanase de las enfermedades del alma. Esto ciertamente fué de grande honor para la Magdalena, de grande admiración para Simon, y de grande confusión para los fariseos, que confesando que solo Dios podia perdonar pecados, tenian que confesar que Jesucristo era Dios, puesto que los perdonaba y probaba este perdón con milagros, como lo habia hecho cuando curó al paralítico de la piscina. Jesucristo, que veía la batalla que traían en su interior estos hombres, les dejó que peleasen, y volviéndose otra vez hácia esta ilustre penitenta, que aun permanecía á sus piés, la dijo: Tu fe te ha salvado, vé en paz; que fué decirle: tus culpas quedan perdonadas, vé en la paz de tu conciencia.

No se vió perdón mas señalado, ni conversion mas perfecta; se apoderó el amor divino del lugar que ocupaba el amar mundano, y encendió á aquel corazón generoso. No tuvo Jesucristo discípula mas fiel, ni que gustase mas de su celestial doctrina. Fácilmente se deja conocer el gozo de Lázaro y Marta cuando tuvieron no-

ticia de la asombrosa mudanza de su hermana, ni esta se descuidó en comunicársela. Inmediatamente se puso en camino para Betania, donde refirió á sus hermanos las misericordias que el Señor habia usado con ella; y desde entonces no perdió ocasion esta fervorosa discípula de oír las lecciones de su divino Maestro.

#### Llama Jesucristo á sus misioneros los apóstoles.

Concluido este convite, famoso por la conversion de la Magdalena, llamó Jesucristo á los doce apóstoles, que hacia ya mas de un mes habia enviado á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios, y luego vinieron todos. Era ya este tiempo demasiado para vivir separados de su divino Maestro unos discípulos tan noveles en el gran ministerio de misioneros, y necesitaban volver á su lado para formarse y prepararse á llevar algun día por sí solos el peso formidable de este ministerio.

#### Permite que le sigan algunas mujeres piadosas.

Estaba en costumbre entre los Judíos, que las mujeres de facultades suministrasen lo necesario para el alimento y vestido de los que miraban como sus maestros espirituales, y Jesucristo, siguiendo la costumbre, quiso valerse de ellas para socorrer sus necesidades temporales y las de sus discípulos, y hacerlas al mismo tiempo participantes de sus tesoros y gracias espirituales. Permittedió, pues á algunas, que habia librado de espíritus malignos y de enfermedades, y que eran mas distinguidas por su virtud que por sus bienes, que le siguiesen en sus viajes evangélicos. Tales fueron entre otras, Juana, esposa de Chisas, mayordomo de la casa de Herodes, Susana, y la pecadora Magdalena, de la que

habia lanzado siete demonios, sin duda, cuando la perdonó sus pecados. Muchos intérpretes han entendido por estos siete demonios los siete espíritus que la dominaban. El espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independencia, el espíritu de profanidad, el espíritu de ociosidad y el espíritu de regalo y delicadeza; todos los cuales expelió de ella la gracia, cuando la fueron perdonados sus pecados; pero entretanto que el divino Maestro reunia sus apóstoles y piadosas discípulas, le arrebatava Herodes á su amado Precursor.

**Manda Herodes cortar la cabeza al Bautista.**

Poco tiempo despues de haber enviado el Bautista dos de sus discípulos á preguntar á Jesucristo si era el Mesias, llegó el cumpleaños de Herodes y con este motivo dió un espléndido banquete á los grandes de su corte, á los tribunos y los principales de la Galilea. Herodías, adúltera del adúltero Herodes, y furiosa enemiga del Bautista, entrevió la ocasion de vengarse de él, y desde luego se ocupó, no tanto de los placeres del festin, cuanto de los medios y modos de satisfacer su odio. Tenia esta mujer vengativa una hija, cuyo ascendiente sobre el corazon de Herodes conocia muy bien, y desde luego pensó valerse de ella para deshacerse del santo Precursor. Como hija de una madre mundana, se la criaba é instruía en todo aquello que agrada al mundo. Vestía con primor, saltaba y danzaba con garbo, y bailaba con habilidad y maestría.

Como las mujeres no asistian á comer á esta clase de banquetes, encargó Herodías á su hija que se presentase en él, no á comer, sino á manifestar sus galas y sus habilidades. Pocas hijas habrán cumplido mejor que esta con los encargos de sus madres. Se presentó con todo el lujo que la proporcionó una madre poderosa; y

danzó, saltó y bailó delante de Herodes y de los convidados con tanto primor, que mereció los aplausos de todos, y particularmente del rey, que llevado del primer movimiento de su loca alegría, pídemela, la dijo, pídemela cuanto quieras; yo te daré cuanto pidas; y la juró, que aun cuando le pidiese la mitad de su reino, se la daría. Salió la hija de Herodías de la sala del convite con aquel alborozo que se deja conocer, corrió á su madre, y la dijo: Hasta la mitad del reino me ha prometido el rey con juramento, ¿qué le pediré? Ninguna otra cosa, dijo la madre cruel, ninguna otra cosa pidas que la cabeza de Juan el Bautista. Luego volvió la hija á entrar en la sala del convite, y acercándose al rey, quiero, le dijo, que al momento me des, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista.

Debiera bramar de cólera Herodes, al oír semejante petición; pero era un cobarde, y se contentó con entristecerse. Debiera haber salvado con todo su poder la vida de un súbdito que miraba como un justo, pero no tuvo valor para contristar ni á la madre ni á la hija. La vergüenza de no cumplir una promesa hecha delante de su corte y asegurada con un juramento (á pesar de que este no le obligaba por ser injusto) y el miedo de ser tenido por un cobarde, si volvía atrás, aunque esto en realidad le debía ser muy glorioso, hicieron que atropellase por todo y que mandase degollar al Bautista. Envió uno de sus guardias con orden de cortarle la cabeza en la cárcel y de traérsela en un plato. La orden era inicua, por no haber causa; cruel, porque era contra un inocente; é impía, por ir contra un santo, y un santo como el Bautista. No obstante, la orden fué cumplida; verificándose la primera parte de lo que este gran profeta habia anunciado, diciendo: Que era necesario que Jesucristo creciese (siendo extendido en la cruz), y que él menguase (perdiendo la cabeza en la cárcel). Esta sagrada cabeza fué llevada á Herodes chorreando sangre, y Herodes la tomó sin espanto y la

entregó á la muchacha, quien recibió un presente tan pavoroso con una frialdad digna de la sangre maldita que corria por sus venas; y cargada con este bárbaro trofeo, fué á dar á su madre el mayor contento que esperaba tener en los días de su vida. Dice san Jerónimo que Herodías le picó la lengua con la aguja de su pelo, para vengarse en la muerte de aquella lengua que tanto habia reprimido su adúltero amancebamiento en la vida.

#### Muerte de Herodes, Herodías y su hija.

Pocos años despues de esta muerte cruel, privó el emperador Calígula á Herodes de sus Estados y le desterró á Leon de Francia. No comprendió el emperador á Herodías en este destierro, pero la mala mujer siguió á su mancebo, y ambos vivieron y murieron allí. Nicéforo añade, que la bailarina, habiendo caido en un rio helado y quedado la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los esfuerzos que hacia para librarse. ¡Terrible pena del talion, ejecutada por la Justicia divina! Nada se puede añadir para hacer el elogio del santo Bautista sobre lo que viene ya dicho en esta historia. Su preciosa muerte sucedió en el año treinta y dos de su edad y en el treinta y uno de la de Jesucristo, anticipándose por su doloroso martirio á la dolorosísima Pasion y muerte del Señor, como se habia anticipado á su nacimiento. Los discípulos de Juan hallaron arbitrio para apoderarse del cuerpo y la cabeza de su querido Maestro, y le dieron sepultura en un magnífico sepulcro, que fabricaron en Sebaste, ciudad de Samaria. Pusieron en urna separada la cabeza, y habiéndose encontrado en tiempo de Constantino el Grande, fué llevada con gran solemnidad á Constantinopla, de donde se la trasladó con el tiempo á la capital del mundo cristiano, en la que aun se venera la mayor parte de ella.

#### Casi á un tiempo se presentan á Jesucristo sus apóstoles y los discípulos del Bautista.

Como nadie habia mas interesado que Jesucristo en la vida del Bautista, los discípulos de este vinieron á darle parte de su muerte. Casi á un tiempo entraron en Cafarnaun los discípulos de Juan y los apóstoles de Jesus. Ni unos ni otros podian decirle cosa que no supiese, mas no por eso dejó de escuchar á unos y otros. Los discípulos del Bautista le contaron las maldades que habian ocasionado la trágica muerte de su querido Maestro. Naturalmente se afligiria con ellos y les permitiria que pudiesen seguirle. Los apóstoles por su parte le dieron cuenta de los trabajos y sucesos de su mision, y Jesucristo, que á todo atendia, les dijo: Venid y descansad un poco; y entrando en un barco, se dirigieron á un lugar desierto del territorio de Betsáida.

Cualquiera creeria que atendido el cansancio de los apóstoles, que venian de sus misiones, y sobre todo el de su divino Maestro, que, rodeado siempre de la multitud, no cesaba de predicar y curar los enfermos, iban á tomar en la soledad algunos dias de reposo; pero no fué así. Supieron muchos su retirada y muchos les vieron embarcarse, y sin detenerse, tomaron por tierra y á pié el camino de Betsáida y llegaron al desierto, elegido por Jesucristo para su descanso y el de sus fatigados apóstoles, antes que ellos. Era grande la multitud de hombres, mujeres y niños que le esperaban, porque habian visto los portentos que hacia sobre los que estaban enfermos, curándoles á todos. Se presentó Jesucristo lleno de complacencia á esta multitud reunida, y ella le recibió con las demostraciones de la mayor alegría, á pesar de hallarse fatigada, despues de su viaje á pié y por tierra. El Señor les miró como ovejas que corrian en busca de su pastor, de quien se juzgaban abandonadas; se compadeció de ellas, y quiso darlas

algun descanso sin desampararlas. Subió con sus discípulos á un monte cercano, y allí se sentó con ellos para tomar el sosiego que la multitud no les permitia en la llanura.

No tardó en volver á bajar con sus discípulos y presentarse en medio de las gentes, que tambien habian descansado. Principió por predicarles el reino de Dios y enseñarles las verdades que deben saberse y practicarse para conseguirle; y despues de esta divina instruccion, pasó, segun costumbre, á la curacion milagrosa de los enfermos. Habia muchos de estos, que luego se acercaron al Señor y fueron todos curados. En los ejercicios de enseñar á los ignorantes y sanar á los enfermos, ocupó el divino Maestro una gran parte del dia, y cuando ya llegaba la noche, le dijeron los discípulos: El lugar en que nos hallamos es un desierto, y la tarde se acaba; despachad, Señor, las gentes para que vayan á comprar alimento en los pueblos. Estaba el Señor tan ocupado de hacer bien, que al parecer nada advertia. Levantó entonces sus ojos, y aunque vió que era muy grande la multitud, no trató de despedirla, sino de socorrerla.

**Da de comer á cinco mil hombres con cinco panes  
y dos peces.**

No tienen necesidad, les dijo, de ir á los pueblos; dadles de comer vosotros; y dirigiéndose á Felipe, le preguntó: ¿Dónde compraremos panes para que coman todos estos? Lo decia el divino Maestro para probar la fe y confianza de su discípulo, pues Él sabia bien lo que habia de hacer. Sorprendido Felipe con esta pregunta, y sin que le pasase por la imaginacion que Jesucristo tenia poder para todo, respondió en su sorpresa: Doscientos denarios (monedas de plata como de dos reales) no serán bastantes para comprar pan



suficiente á comer cada uno un poquito; sin embargo, irémos á comprar esta cantidad y se la repartiremos. ¿Cuántos panes teneis? dijo Jesucristo. Id y vedlo; y solo hallaron cinco panes de cebada y dos peces, que tenia un muchacho; pero ¿qué es esto, dijo Andrés, entre tantos? Y mandó el Señor que les hiciesen sentar por compañías de ciento y de cincuenta sobre la yerba. Habia en aquel sitio mucho heno recién segado, que proporcionaba asientos y camas muy mullidas, y se sentaron y recostaron cinco mil hombres, sin contar las mujeres y niños, que serian á lo menos otros cinco mil, y venian á componer diez mil personas. Colocados todos en orden, tomó Jesucristo los panes y los peces; levantó sus divinos ojos al cielo; dió gracias á su eterno Padre por el poder que le habia dado; bendijo los panes y los peces; y mandó á los apóstoles que los distribuyesen. De las poderosas manos del Hijo de Dios pasaban los panes y los peces á las de los apóstoles, y estos los iban distribuyendo por las diversas reuniones de ciento y de cincuenta que habian formado. En acabando de repartir lo que llevaban, volvian á cargarse de nuevo, sin que cesasen de aumentarse los panes y los peces en las manos benditas de Jesus, ni los apóstoles de distribuirlos, hasta que todos, hombres, mujeres y niños quedaron satisfechos.

Mandó entonces el Señor á sus apóstoles que recogiesen, para que no se perdiesen, los pedazos y reliquias que de los cinco panes y los dos peces habian quedado, despues de satisfecha cumplidamente la necesidad de diez mil personas. Y los apóstoles recorrieron la vasta mesa que se habia tendido en aquella espaciosa llanura, y llenaron doce cestos de los fragmentos que habian sobrado.

**Quiere la multitud proclamar rey al Señor, y el Señor lo impide.**

Un milagro tan ruidoso debía tener ruidosas consecuencias, y se habrían seguido sin duda, si Jesucristo no las hubiera impedido. No dudaron los pueblos que Jesús era el Mesías que había de venir á salvar á Israel; pero como vivían persuadidos, aunque erradamente, de que el Mesías había de ceñir corona real y llevar cetro en su mano, determinaron adornarle con estos atributos de la majestad, colocarle sobre un trono que formarían de sus capas, como hicieron sus ascendientes con el famoso Jehú, y proclamarle rey. Conviniéron en ejecutarlo sin pérdida de tiempo; mas como no estaban seguros de que consintiese en ello Jesucristo, guardaron mucho secreto acerca de su resolución. Vió Jesús, á cuyo conocimiento nada podía ocultarse, que vendrían para arrebatarle y hacerle rey, y luego mandó á sus apóstoles que entrasen en un barco y que navegasen hácia Betsáida, al otro lado del lago de Genesareth, mientras que su Majestad se desprendía de las gentes. Era ya tarde, y Jesucristo, después de haber dado de comer á las turbas, hizo que divididas por tribus y familias fuesen á pasar la noche en las aldeas y lugares cercanos. Estaban muy resueltos á proclamarle rey; pero no era ya posible en aquella tarde, porque llegaba la noche, y así determinaron suspenderlo hasta el día siguiente.

**Peligran los apóstoles en el mar, y Jesucristo les saca del peligro.**

Luego que se retiró la multitud, Jesucristo subió á orar á un monte inmediato, y cuando vino la noche, estaba orando allí solo. En este tiempo iban los após-

toles navegando con bastante trabajo, porque se había levantado un viento contrario y muy fuerte. Llegó la noche, y entre las tinieblas, el naufragio se hacía mas inminente. La navecilla fué llevada á lo mas alto y peligroso del mar, y después de remar todos por mas de diez horas, se hallaron al venir el día como una legua distantes del embarcadero. Jesucristo les veía trabajar al timon y al remo, y después de haberles dejado pelear con el furioso elemento, sin que se quejasen ni desmayasen, trató de sacarles del peligro. Pasó del monte al mar, y á la hora que hemos dicho venía el Señor de los mares andando sobre el de Galilea hácia la nave.

Quando le vieron acercarse, creyeron que era un fantasma, y comenzaron á exclamar asustados. Entonces Jesús les habló, diciendo: No temáis, yo soy, tened confianza. Señor, si sois vos, dijo al momento Pedro, mandadme venir á vos sobre las aguas; y dijo el Señor: Ven. Luego se arrojó Pedro de la barca, y andaba sobre el agua para venir á Jesús. Estaba ya muy cerca del Señor, cuando se levantó un recio viento, y como principiase á hundirse, exclamó: Salvadme, Señor. Extendió Jesucristo su mano, tomó la de Pedro, y llevándole á la nave, le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué causa dudaste (sabiendo mi poder)? Pedro no se excusó de su poca fe, pero habiendo entrado en la nave, llevado por su divino Maestro, se postró á sus soberanos piés con los demás que habían quedado en ella, y todos adoraron al Señor, diciendo: *Verdaderamente vos sois Hijo de Dios.* La borrasca cesó en este instante; el mar quedó enteramente tranquilo, y la nave caminó viento en popa hasta llegar á tomar tierra á la otra parte del lago.

Sanan los enfermos con solo tocar la punta del vestido del Señor.

Allí desembarcó el divino Maestro con sus discípulos, y al momento fué conocido. Comenzó luego á recorrer toda aquella region, acercándose siempre á Cafarnaun, y donde quiera que entraba, fuese en aldeas, en villas ó en ciudades, ponian los enfermos en las calles, y le rogaban que les permitiese tocar, siquiera la orla ó punta de su vestido, y todos los que le tocaban quedaban sanos. Empleado en estos ejercicios de caridad, llegó á Cafarnaun. Era víspera de sábado y desde ella se concurría á las sinagogas á celebrar la fiesta. Jesucristo acudió á la que habia en Cafarnaun, y en ella instruía y predicaba al pueblo.

La multitud que habia quedado á la otra parte del mar y dormido en los pueblos cercanos, vino al día siguiente muy temprano á buscar á Jesucristo con el empeño de alzarle por rey. Habian visto que no se embarcó con sus discípulos, y creyeron que le hallarian en el desierto, donde habia multiplicado los panes y los peces; pero por mas diligencias que hicieron, no pudieron hallarle hasta que supieron que estaba en Cafarnaun. Luego vinieron á la ciudad, unos por mar y otros por tierra, y le encontraron, no ya en Cafarnaun, sino al otro lado del mar, y admirados le dijeron: Maestro, ¿cómo habeis venido aquí (no habiéndoos embarcado con vuestros discípulos)? Jesucristo nada contestó á una pregunta que nada importaba; y en vez de respuesta, les dirigió una reprension, que al mismo tiempo que les apartaba del empeño de proclamarle por rey, les rectificaba las ideas, y les enseñaba grandes verdades.

Les habla del alimento espiritual.

Vosotros me buscais, no por haber visto los portentos de mi poder, multiplicando los panes, sino porque os dí de comer. Trabajad, no tanto por la comida que parece, cuanto por la comida que permanece hasta la vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre. (Esta comida es el mismo Jesucristo en su adorable cuerpo, en su Santo Espíritu, en su palabra divina y en su divina gracia.) Pues ¿cómo nos conducirémos, le dijeron, para hacer las obras de Dios (que conducen á la vida eterna)? Y respondió Jesus: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que Él envió (que es el mismo que os habla). ¿Pues qué milagro haceis para que le veamos y os creamos? Porque tambien nuestros padres comieron el maná (el pan del cielo) en el desierto, y por eso está escrito: Pan del cielo les dió de comer. En verdad, contestó Jesucristo, en verdad os digo, que Moises no dió á vuestros padres el pan verdadero del cielo (sino una representacion, una imagen del pan verdadero del cielo), porque el pan verdadero del cielo es aquel que bajó del cielo y da vida al mundo. Jesucristo es el verdadero pan del cielo, que bajó del seno de su eterno Padre para encarnar, hacerse hombre, dar la vida por los hombres y quedarse en la Eucaristía, como un pan divino para alimentar á las almas, dar vida á todos los hombres y ser la vida del mundo.

Ellos entonces le dijeron: Dadnos, Señor, siempre de ese pan; y les dijo el Señor: Yo soy el pan de la vida. El que viene á mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed. Los Judíos murmuraban del Señor, porque habia dicho: Yo soy el pan de la vida; y decian: ¿Por ventura no es este el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos nosotros? No murmuréis entre vosotros, les dijo el Señor. Nadie puede venir á mí, si mi Padre, que me envió, no le trajere. En verdad,



en verdad os digo, que aquel que cree en mí, tiene la vida eterna. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. Sabed que el pan que yo daré por la vida del mundo, es mi carne (es mi cuerpo clavado en la cruz y consagrado en el altar).

Entonces comenzaron los Judíos á altercar unos con otros y decir, ¿ cómo puede darnos este su carne á comer? Creían estos Judíos carnales que Jesucristo prometía dar á comer su carne, como cualquiera otra carne. En verdad, dijo Jesucristo, en verdad os digo, que si no comiéreis (consagrada) la carne del Hijo del hombre y bebiéreis (consagrada) su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré (para la gloria) en el último día; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; y el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está y yo en él.

**Inconstancia de algunos discipulos y firmeza de los apóstoles.**

Esto dijo el Señor, enseñando en la sinagoga de Cafarnaun, adonde habia vuelto el sábado dejando el desierto; pero cuando muchos de sus discipulos hubieron oido esto, dijeron: Dura es esta doctrina, ¿ y quién la puede oír? Entonces Jesucristo, sabiendo las murmuraciones secretas de sus discipulos, les dijo: Esto os escandaliza, ¿ pues qué sería si viéseis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho, son espíritu y vida. Mas hay algunos de vosotros que no creen. Sabía Jesucristo desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le habia de entregar. Desde este discurso muchos de sus discipulos volvieron atrás, y no andaban ya con Él. ¿ Que-

reis, dijo aquí el Señor á los doce apóstoles, ¿ queréis iros tambien vosotros? ¿ Y á quién irémos? Señor, respondió Pedro asustado. Vos tenéis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que vos sois Cristo Hijo de Dios. Pedro se adelantaba mucho, respondiendo así por todos á su divino Maestro, que los conocia á todos mejor que nadie, y dijo á Pedro: Yo os he elegido á los doce, y sin embargo hay uno de vosotros que es diablo. Esto lo decia por Judas Iscariote, que le habia de entregar (á sus enemigos). No habia de tener efecto esta traicion hasta despues de un año, contado desde el día en que la profetizaba el Señor, y ciertamente que era necesario que Judas fuese un diablo, como le llamó Jesucristo, para no abandonar su horrible proyecto en el discurso de un año, que aun vivió con el Señor, viendo y siendo testigo de su santísima vida, de sus prodigios y de la caridad con que le trataba.

**Los apóstoles toman espigas en dia de fiesta, y los fariseos se escandalizan.**

El sábado primero del segundo mes despues de la celebracion de la penúltima Pascua (en la que no se halló el Señor ni sus apóstoles) salió su Majestad á recorrer la campiña, en aquella distancia que permitía el día santo del sábado. Iban con Él sus apóstoles, y le seguia mucha gente del pueblo y tambien algunos fariseos, porque estos hombres nunca le perdian ya de vista para desacreditar su conducta y prodigios delante de la multitud, cuya estimacion temian, y que era el único obstáculo para ejecutar su proyecto de quitarle la vida. Pasando el Señor y los que le seguian por las márgenes de los sembrados, los apóstoles, que tenian necesidad, y no habian podido preparar alimento á causa de las urgentes ocupaciones de su ministerio, tomaban al-